

LAS CONSTITUYENTES DEL FIN DEL MUNDO

Lidia González Calderón, representante yagana

"Mi nombre es Lidia González Calderón y nací en Punta Arenas en 1967. Mi padre, Teodisio González, no era yagán. Mi madre, Cristina Calderón, sí. Ella tiene 93 años y es la última hablante del idioma yagán. Yo crecí escuchándola hablar con su hermana, pero nunca me lo enseñó. Todo el mundo me dice: 'Lidia, eres hija de Cristina y no sabes yagán'. Un día se lo pregunté a mi madre y ella me respondió: 'Nunca te lo enseñé porque no quería que se rieran de ti'".

"Mi madre recién comenzó a hablar español cuando tenía nueve años. Ella me contaba la historia de sus abuelos, de cómo navegaban en sus canoas, recorriendo los canales en busca de nutrias. Me contaba de las matanzas, de las epidemias que llegaron con los occidentales, y del alcohol, que fue terrible para nuestro pueblo. Todo fue arrasado, nuestras tradiciones, también nuestros nombres. Mi madre ya existía cuando sus padres fueron evangelizados por misioneros. Los llamaron Carmen y Juan y los inscribieron en el Registro Civil con apellidos españoles. Los obligaron a insertarse en la sociedad, a abandonar sus costumbres, que eran mal vistas. Por eso mismo, los yaganes hemos vivido como chilenos gran parte de nuestras vidas. Pero eso tampoco ha bastado para dejar de ser discriminados".

"En mi época escolar estuve internada en Puerto Williams. A mi madre solo la veía durante las vacaciones. Dentro del internado me discriminaban por ser indígena. Se reían de mí, de mi color de piel, de la casa donde vivía. Yo no lo podía entender. ¿Por qué tengo que ser yagana?, me preguntaba a mí misma, para que tantos niños y adultos se rieran de nosotros y nos hicieran sentir menos en todo aspecto. Ahora uno lo piensa, y claro, muchos de nosotros teníamos grandes dotes o habilidades para determinadas cosas, pero cuando nadie nos tomó en cuenta. ¿Elegir de presidenta de curso a una yagana? Jamás. ¿Qué un yagán tuviera el honor de llevar el estandarte del colegio en algún desfile? Tampoco. Nunca fuimos considerados. Ni siquiera en las clases de historia se hablaba de nosotros. Solo hablaban del pueblo mapuche. Nosotros no existíamos. Y siempre hemos estado vivos".

"Recién cuando era adolescente empecé a entender. Conoci grandes amigas a las que les daba lo mismo mi origen y, al revés del resto, me decían: 'Lidia, qué orgullo tener una madre como la tuya, tienes tremenda historia'. Ellas me hicieron sentir incluida y eso me ayudó a entender la importancia de ser yagán. Me hice dueña de mi historia. Empecé a plantarme en todos lados como Lidia, hija de Cristina, y en los 90, cuando tenía mi hijo pequeño, comencé a trabajar en la Junji (funta Nacional de Jardines Infantiles) como monitorea intercultural. Estuve ahí diez años, hasta que me lancé como candidata a concejal. ¿Por qué tenía siempre que votar por gente que venía de afuera? ¿Por qué no podía haber una voz de una mujer yagana? Lo hablé con mi madre y me dio el empujón. Del 2008 al 2016 fui concejal por Cabo de Hornos".

"Luego trabajé en la Oficina de Promoción e Información de los Derechos Indígenas y después como la encargada de la Oficina de Asuntos Indígenas de la Comand en Puerto Williams. Desde entonces me mantuve activa políticamente, como dirigente, preocupada por las problemáticas de mi pueblo. Por eso en marzo del 2019 participé de la protesta que impidió que la salmonera Nova Austral se instalaran en el Canal Beagle. Hicimos una cadena humana para que no pudieran bajar su maquinaria y sus jaulas. Hicimos varias manifestaciones, se nos unieron organizaciones como Greenpeace, y gracias a eso logramos que en mayo de ese año el Estado le cancelara la concesión a la salmonera. Fue la primera vez que ocurría algo parecido. Un hito. Por eso, y justo cuando retiraban sus jaulas, nosotros nos reunimos en la bahía de Mejillones en torno a tres fogatas, tal como lo hacían nuestros ancestros para dar aviso de alguna novedad".

"Luego vino otro fuego: el del estallido social. Ese fue un episodio que me hizo pensar muchas cosas. A pesar de la manifestación en contra de la salmonera, yo venía haciendo normal lo que no es normal. Como a muchos les pasó, el estallido me hizo despertar. Hasta mi madre participó un día, sacando una silla y sentándose en la calle mientras la manifestación pasaba frente a ella. La noticia del acuerdo por una nueva Constitución era una esperanza también para nosotros. Yo no me veía participando aquí, pero cuando finalmente se establecieron los escaños reservados para pueblos originarios, recibí una llamada de mi familia. Ellos me dijeron que me postulara, pero les dije que no tres veces. Hasta que me explicaron que por el legado de mi madre tenía que ser yo la representante yagana en la convención. Hicimos una primaria y todo el pueblo yagán, que no son más de 500 personas, votó. Y gané".

"El día de la instalación me di cuenta que en el territorio del que yo vengo hay una tranquilidad y paz inigualable, donde todo se conversa, donde nos escuchamos a pesar de tener diferencias. Todo lo que ocurrió ese día fue extraño y me generó sentimientos encontrados por el desorden, por la gente que pedía a gritos ser escuchada. Tuve miedo, sentí los ruidos a mi espalda y me sentí muy intranquila. Pero callada, en mi lugar, entendí que quizá era algo que tenía que ocurrir. Fue como una catarsis. Todos llegamos acá por una votación popular, con diferentes ideas y demandas. Llegamos acá por una votación popular, con diferentes ideas y demandas. Llegamos acá por no sentirnos escuchados, por sentirnos rechazados. Por eso la euforia. La ansiedad. La violencia verbal. Sin embargo, creo que ese calor va a ir bajando, porque he visto a muchas personas con voluntad de saludarse, de conocerse, de saber de nuestras demandas y de hacer alianzas. Tengo confianza que vamos a llegar a un punto en que vamos a poder trabajar bien".

"Mi único temor es que, tal como en el pasado, sigamos invisibilizados, esta vez al interior de la convención. No se le puede bajar el perfil a lo terrible que está pasando en el territorio mapuche, pero acá en Santiago siento que pasamos desapercibidos. La responsabilidad, quizás, también está en los medios. O a lo mejor es solo que los mapuches son más noticia que nosotros. A mí me han llamado muchos periodistas de mi zona, pero acá nada. Hay varios otros pueblos del mar, del norte, del sur, que de pronto no hacemos noticia. Aún así, yo me siento tan importante como el resto. Sé que voy a ser escuchada y tengo la certeza que las demandas de los yaganes van a estar en la nueva Carta Magna".

"Nosotros vamos a insistir en un Estado Plurinacional que se traduzca en establecer espacios de participación política a nivel regional, comunal. Que estemos presente, que tengamos voz, que seamos visibles. Dentro de nuestros derechos colectivos esperamos la protección de nuestra lengua, que está en un punto crítico. Y por nuestra cosmovisión queremos la protección de nuestro mar, de nuestro medioambiente. Cuando pequeña navegábamos con mi madre y recuerdo que cuando pasábamos por un glaciar ella me decía que guardáramos silencio, porque si no los hielos se movían y se dejaban caer. Hoy en día eso está ocurriendo, pero a causa del cambio climático, un tema que ni siquiera los debates presidenciales han tocado como quisieramos. Deseamos que los recursos marítimos se protejan y no se extraigan como se hace hoy en día, o como lo hacen las salmoneras, aniquilando el fondo marino. Si bien es cierto que junto al pueblo kawéskar pedimos cuota de lobo marino para extraer su aceite, lo hacemos de forma respetuosa y no invasiva".

"Otro punto es el territorio. En Puerto Williams nosotros teníamos nuestra isla. Hay una extensión de terreno en la Bahía de Mejillones que fue el lugar que se dejó a los yaganes cuando ya no pudimos navegar, cuando nos quitaron los permisos para transitar con las canoas luego de la instalación de la Armada en la zona. Es el único sitio que el Estado le dejó simbólicamente a la comunidad. Si una familia yagana particular quiere asentarse en ese territorio no puede, porque aún sigue siendo del Estado".

"En ese lugar nos reunimos con mi familia cuando sali elegida como constituyente. Ellos me despidieron con los tres fuegos, que es de las pocas tradiciones que se han mantenido en el tiempo. Contrario a nuestros antepasados, nosotros hacemos todo el empeño para que nuestros niños sepan de dónde vienen y se sientan orgullosos. Todos los viernes, con mi sobrina, Cristina Zarraga, que estuvo cuatro años viviendo con su abuela, mi madre, tenemos clases por Zoom para aprender la lengua yagana. En los colegios los niños se presentan como yaganes, se pintan sus caritas. Un sobrino me contó que hace tiempo, cuando un profesor preguntó en el curso si había alguien perteneciente a un pueblo originario en la sala, él levantó su mano. Dijo que era yagán y que su abuelita era Cristina, la última hablante yagana. Varios compañeros le pidieron que los invitara a conocerla. Esas cosas te inflan el corazón. Y van revelando la esperanza de un futuro mejor para todo nuestro pueblo".



La madre de Lidia González es la última hablante del idioma yagán. Margarita Vargas nació en un asentamiento kawéskar al que solo se llega por mar.

Lidia González y Margarita Vargas son las representantes de los pueblos yagán y kawéskar, respectivamente, los más australes del planeta y los de menor población entre los presentes en los escaños reservados de la Convención Constituyente. Los únicos vivos, explican con orgullo ellas, tras los vejámenes ocurridos durante la colonización y posterior evangelización del extremo sur. A continuación, ambas repasan su historia y el camino que hoy las tiene ad portas, dicen, de reescribir el futuro de su cultura y también de asegurar su preservación.

POR ARTURO GALARCE

“No se le puede bajar el perfil a lo terrible que está pasando en el territorio mapuche, pero acá en Santiago siento que pasamos desapercibidos”.



Margarita Vargas López, representante kawéskar

“Jetarkte. Ese es el nombre del asentamiento kawéskar donde nació en 1969. El mismo año en que el Estado chileno creó la localidad de Puerto Edén, ubicada al frente de nuestras tierras, en el Golfo de Penas, y hasta donde se llega únicamente por vía marítima, y después de dos días de navegación desde Puerto Natales, en la XII Región. Cuando nació, mi abuelo me llamó Saragüita, que en kawéskar significa ‘pajarito blanco’. Pero cuando nos trasladaron a

Puerto Edén, en una misión colonizadora y evangelizadora, nos cambiaron los nombres, que sacaban de alguna localidad o de algún europeo que pasó por la zona e hizo historia. Mi abuela recibió el apellido Molinari. Mi abuelo López”.

“Antes de trasladarnos, el Estado destruyó la casa de mi abuelita, Margarita Molinari. Perdió sus animales, sus pavos, sus gallinas, todo. En Puerto Edén tuvimos que empezar de cero. Se burlaban de nosotros, de nuestra cultura, despectivamente nos llamaban ‘alcalufes’, que era el nombre que nos pusieron los navegantes europeos”.

“En Puerto Edén crecí con mi familia. Al igual que los yaganes, nosotros fuimos un pueblo nómada, sin estructura social más que la familia. Por eso mi abuela Margarita vivió con sus dos esposos. Con sus dos familias. No quiso que la familia se quebrara y como una matriarca no dejó que su primer esposo se fuera con otra familia. Con ellos viví una vida totalmente conectada con la naturaleza. Aprendí a mariscar y a buscar calafates y otros frutos silvestres en el bosque. Desde pequeña me acostumbré a las visitas de investigadores que visitaban a mi abuela para conocerla. Sus cantos en kawéskar fueron grabados por la antropóloga María Ester Grebe, fue fotografiada por Paz Errázuriz y estudiada por el lingüista y etnógrafo francés Christos Clairis. Él mismo acompañó a Jacques Cousteau a nuestra casa para que registrara a mis abuelos en un documental. De hecho, en ese documental aparezco yo, con cinco años, mientras mi abuelo José López me canta una canción de amor en lengua kawéskar. Si no hubiera sido por todo ese registro, casi no habría vestigios de nuestra existencia”.

“En 1978 nos trasladamos a Punta Arenas. Allí mi abuela mantuvo viva la cultura trabajando la artesanía kawéskar: hacía canastos de junco y miniaturas de canoas que en Puerto Edén cambiábamos por alimento en los barcos que llegaban de Europa. Por eso tomábamos el mejor café. Y la mejor comida. Pero en Punta Arenas ella comenzó a venderlas. La misma artesanía que hoy en día es un patrimonio, una pieza milenaria, y no un ‘canastito’ nomás, como me dijeron el día de la instalación de la convención. Si ven las imágenes yo era la que levantaba un canasto hecho con juncos. Bueno, eso no es un canasto para los huevos, como muchos pensaron, es la historia de un pueblo. El mismo canasto que utilizaban las mujeres para mariscar desnudas en el mar tormentoso del sur. El mismo canasto que representa la fuerza de la mujer kawéskar”.

“Yo creo que todo este orgullo que he sentido por mis raíces hizo que nunca me sintiera disminuida cuando me llamaban ‘alcalufe’. Sí me molestaba cuando me decían: ‘oye, tú no pareces kawéskar, eres blanca, pasas piola’. Pero nunca tuve que empoderarme. Siempre lo llevé dentro. Solo me faltaba disciplinarme porque nosotros no teníamos una vida estructurada, éramos libres y armoniosos en esa libertad. Pero cuando entré a estudiar a un hogar de monjas en Punta Arenas aprendí la disciplina. Eso sí, por suerte nunca me alejé de la cosmovisión kawéskar: siempre me llamó la atención que me hicieran rezar y no entendía por qué tenía que pedirle a alguien que cuidara a mis padres”.

“Cuando salí del colegio comencé a formarme como dirigente indígena. A los veinte años ya era dirigente y luego me fui a trabajar a la Conadi como funcionaria de planta. Luego tuve la oportunidad de estudiar Ingeniería en Administración Pública en la Universidad de los Lagos, en Punta Arenas, pero finalmente tuve que retirarme del trabajo público porque no era

compatible con mi rol de dirigente. Entonces me fui a Santiago. Ahí estudié un diplomado en Recursos Humanos y me dediqué a la docencia. Fui académica por veinte años en la Universidad Tecnológica de Chile Inacap, hasta que regresé a mi tierra, para trabajar en la Seremi de Mujer y Equidad de Género de Magallanes. Estando allá, viví el estallido social”.

“Pude verlo de cerca: el estallido fue fuerte en Punta Arenas y me permitió aprender mucho, a comprender la sociedad y entender que nunca más debemos estar en una olla a presión como la que vivimos. Sentí que era momento de avanzar, que se oyera nuestra voz, y empecé a empatizar, a comprender la fuerza feminista y a motivarme con el proceso que se inició a partir de eso. Por eso hablé con mi comunidad indígena Jetarkte cuando surgió la posibilidad de que el pueblo ocupara un espacio reservado. El apoyo fue unánime. Todos me apoyaron para poder usar este honroso puesto”.

“El día de la instalación de la convención participé de la ceremonia a la que nos invitó Isabel Mamani, representante del pueblo aymara, en la Plaza de Armas. Llegué con mi canoa hecha con cuero de lobo marino, una canoa grande, y en un gesto de solidaridad los invité a subirse como símbolo de que necesitamos remar juntos para el mismo lado. Yo iba muy contenta, cuando de repente nos encontramos con un grupo grande que se acercaba a la Plaza, con banderas chilenas. Yo pensaba que nos estaban aplaudiendo, pero no, eran personas del rechazo que habían ido a protestar en contra de la convención. Luego, en la ceremonia oficial, sonó el himno nacional, que lo escuché con respeto, porque no puedo renegar de la nación chilena que existe. Y después, vino ese mini estallido social que todos vieron por televisión. En un principio, claro, me pareció feo lo que estaba pasando, pero luego me pareció necesario. Porque no podemos avanzar mientras no se resuelva la situación de las personas que están injustamente apresadas por manifestarse. No así los que han cometido destrozos o actos delictuales”.

“Mientras todo eso ocurría en el ex Congreso, por mi mente también se vinieron imágenes de los antiguos kawéskar que fueron llevados a Europa para ser exhibidos como seres primitivos, no humanos, en los zoológicos humanos. Por lo mismo le doy tanto valor a esta convención, porque es necesario iniciar un proceso de reparación y presentar nuestras demandas. El Estado chileno entregó las tierras de Puerto Edén a una comunidad kawéskar, cuando somos varias las que tenemos ese derecho. Eso ha hecho que nuestro pueblo esté dividido. También están los que sí validan la presencia de la industria salmonera y los que no. Nosotros no tenemos ninguna intención de hacer convenio con esa industria, porque creemos que va contra los principios de nuestro pueblo. Para nosotros el mar es muy importante, pero no para depredarlo, si para subsistir. Por lo mismo es necesario consensuar con nuestra gente para que en la nueva Constitución se instale la protección del territorio marítimo kawéskar. La ley indígena reconoce como único elemento de desarrollo la tierra. Y nosotros somos un pueblo del mar”.

“También es importante tomar acciones rápidas que permitan aprovechar a los hablantes de nuestra lengua. Quedan unos seis, y son patrimonio vivo, todavía con ganas de enseñar. Es urgente hacer una investigación y una recopilación de nuestro idioma”.

“Yo, a pesar de mi experiencia como dirigente, no soy demasiado política y eso me preocupa un poco frente a lo que veo en la convención. Mi familia está preocupada por cómo todo esto pueda afectarme amínicamente. Ellos son mi contención. Solo espero, al igual que Lidia, que no seamos invisibilizados. Que podamos hacer alianzas que materialicen con votos las demandas de mi pueblo. Por suerte los pueblos originarios estamos unidos. Hemos sido integrados por el pueblo mapuche, con líderes como Natividad Llanquileo, que siempre nos está convocando a la participación”.

“No va a ser fácil, pero cada vez que me siento en esta convención, siento el recuerdo de mis ancestros, tan generosos, tan evolucionados, y tan maltratados. Por ellos estoy acá. Por los que sobrevivieron, junto al pueblo yagán, a los peores vejámenes y violaciones a los derechos humanos. Ellos me dan la fuerza y también los jóvenes que, como yo, tienen que sentirse orgullosos de sus raíces”. 5

“Yo creo que todo este orgullo por mis raíces hizo que nunca me sintiera disminuida cuando me llamaban alcalufe”.